

mente el velar de noche escribiendo, y me alimento más oportunamente y mejor. Pero, creedme, vuestro deseo es lo que más pesa en esta resolución, porque deseo mucho daros gusto; pero con tal libertad y sinceridad, que este afecto me parece un rocío en el que mi corazón se empapa suavemente y sin ruido. Y si queréis que os lo diga todo, no obraba tan suavemente al principio cuando Dios me lo enviaba (porque Él es sin duda) como ahora sucede, porque os aseguro que es infinitamente fuerte, y cada vez más, aunque sin sacudidas ni impetuosidades. Esto es demasiado decir, hija mía, sobre un asunto en que nada quería decir (1).»

En efecto, crecía y se aumentaba más cada día esta amistad divina, en su luz, en su fortaleza, en su serenidad, en su valentía toda santa, daba una idea del amor eterno que unirá las almas en Dios. «¡Viva Dios, hija mía—escribía San Francisco de Sales;— ó Dios ó nada; porque todo lo que no es Dios, ó no es nada, ó es peor que nada. Vivid, pues, toda y enteramente en Él, querida hija, y rogadle que yo también viva sólo en Él, y para Él, y dentro de Él; amémonos fuertemente, hija mía, porque no lo podremos hacer ni bastante ni demasiado. ¡Oh qué hermosura! ¡Amar sin temer exceso! (2)»

Y en otra parte: «¡Valor, ánimo, hija mía! Jesús es nuestro. ¡Sean siempre para Él nuestros corazones! Me ha hecho, querida hija mía, y me hace cada día, así me parece á lo menos, más sensible y suavemente del todo, en todo y sin reserva, única é inviolablemente vuestro, pero vuestro en Él y por El (3).»

Y en fin: «Esta es la verdad, querida Madre mía; tengo una luz muy particular, que me hace conocer que la unidad de nuestro corazón es obra del que *todo lo une*;

(1) Carta del 8 de Junio de 1606.

(2) Carta del mes de Enero de 1611.

(3) Carta del mes de Junio de 1607.

y, por tanto, quiero desde este instante, no sólo amar, sino querer y honrar esta unidad como cosa sagrada (1).»

He aquí en toda su verdad y sin velo alguno esta incomparable y afectuosa amistad, en que se manifiesta aún más admiración y veneración que ternura. Pero en estos mutuos desahogos, era menester que cada uno ocultase al otro su admiración con el mayor cuidado, porque de otro modo, las lágrimas hubieran dado testimonio de su profunda humildad. San Francisco de Sales era el más cuidadoso en ocultar esta admiración, como padre y director que era; y sólo en sus cartas á la señora de Charmoyssi y á la señora de Bruslard, la manifestaba. Pero la señora de Chantal no sabia contenerse. «Ahora que me acuerdo—la escribe un día San Francisco de Sales,—es preciso que os prohíba el nombre de *santo* que me dais cuando escribís de mí, porque, hija mía, yo no soy santo de verdad. En poco ha estado el que por este motivo no entregase vuestra carta á la señora de Charmoyssi, pero lo hice por no privarla del consuelo que tendría con ella (2). Además, hija, no escribís del modo que me gusta, ni á mi madre ni á la señora de Charmoyssi, cuando decís: nuestro santo y bendito Obispo, porque estas señoras leen santo Obispo, debiendo leer Obispo tonto (3). Yo sé bien que en tiempo de San Jerónimo se llamaba santos á todos los Obispos, en razón de su sagrada dignidad; pero ahora ya no se acostumbra hacerlo así (4). En fin, yo no soy más que vanidad y orgullo, y, sin embargo, no me estimo tanto como vos me estimáis; quisiera me conocieseis mejor; no dejaríais por eso de tener confianza en

(1) Edición Migne, tomo V, pág. 1655.

(2) Carta del 24 de Enero de 1608.

(3) Las palabras tonto y santo tienen en francés casi las mismas letras y sonido: tonto, es sot, y santo, saint. (N. E.)

(4) Carta inédita, perteneciente al monasterio de Montelimart. No tiene fecha.

mi, pero no me estimaríais casi nada, y diríais: esta es la caña sobre la cual quiere Dios que me apoye. Seguro estoy de que Dios lo quiere así; sin embargo, la caña no vale nada. Ayer, después de leer vuestra carta, di dos vueltas paseándome, con los ojos llenos de agua, viendo lo que soy y lo que me creen (1).»

¡Ah! ¡Cuánto consuelo se siente cuando dejando los libros y las conversaciones del mundo, aislándose de todo lo vulgar, terreno y culpable, se escuchan acentos como éstos! Entonces parece que no se está en la tierra, sino en el cielo, escuchando á dos de los serafines de que habla Isaías, que continuamente se excitan á bendecir, alabar, adorar y amar al que los ha criado, enviándose mutuamente, al través de los mundos, la gran palabra de la ciencia santa y de los seráficos amores: ¡Santo, Santo, Santo! Mientras tanto, el año que el Santo Obispo había querido emplear en estudiar la vocación de la señora de Chantal, tocaba á su término. La Santa lo dispuso todo para su viaje á Annecy, resuelta á no pensar ni querer nada por sí misma, sino poner su corazón en una santa indiferencia, con el solo deseo, pero muy ardiente, de no querer más que lo que Dios la pidiese por el órgano de su Santo director.

Un acto notable de obediencia santificó el viaje. El 30 de Mayo de 1607 era el día señalado por San Francisco de Sales para que llegase á Annecy la señora de Chantal. Negocios imprevistos detuvieron su partida, y para ganar tiempo hizo largas jornadas á caballo, y aun anduvo toda una noche, á pesar de la lluvia y de los truenos de que venía acompañada. Viéndola llegar el Santo rendida de cansancio, la preguntó por qué se había fatigado tanto. «Porque no creía—respondió—que me fuese permitido, bajo ningún pretexto, dispensarme de llegar hoy, como me lo habíais mandado.» Entonces

(1) Carta del 28 de Octubre de 1608.

el bienaventurado, sonriéndose, la recordó lo que tantas veces la había dicho, que no debía tomar sus mandatos con un rigor tan extremado, sino mirar más á la dulzura de sus intenciones que al rigor de las palabras.

Faltaban aún cuatro ó cinco días para Pentecostés, y San Francisco de Sales los empleó en hacer dar cuenta á la señora de Chantal de cuanto había pasado en su alma desde el año anterior, estudiando con cuidado sus impulsos y deseos, sin descubrirla sus designios, sino encargándola mucho lo encomendase todo á Dios, orando y esforzándose en inculcarla sentimientos de indiferencia, que constituyen, por cierto, el estado más propio y seguro para conocer la santísima voluntad de Dios.

Al otro día de Pentecostés la llamó después de la Misa: «Y bien, hija mía—la dijo con un rostro grave y el tono de voz de una persona abismada en Dios;—ya he resuelto lo que debo hacer de vos.»

—«Y yo—contestó la señora de Chantal,—Ilmo. señor y padre mío, estoy resuelta á obedeceros.»

Y diciendo esto, se arrojó á sus pies. El bienaventurado la dejó, y se quedó de pie á dos pasos de distancia de la Santa.

—«Pues es menester entrar en Santa Clara.

—»Pronta estoy, padre mío.

—»No—volvió á decir;—sois poco robusta; es menester que seáis Hermana del hospital de Beaune.

—»Como queráis, padre mío.

—»Tampoco es esto lo que quiero; seréis Carmelita.

—»Pronta estoy á obedecer.»

En esta forma la probó de mil modos distintos, y viéndola siempre obediente, la dijo:

—«Pues bien; nada os conviene de todo esto.»

Y en seguida empezó á desarrollar ante sus ojos el plan de la Visitación (1).

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 82.

«A esta proposición—escribía después la Santa—sentí repentinamente una gran correspondencia interior, con tanta claridad y tan dulce satisfacción, que conocí que ésta era la voluntad de Dios; porque aunque en todas las anteriores proposiciones estuviese mi alma sometida, no había sentido en ninguna la emoción que en ésta.» Por su parte San Francisco de Sales sentía en el fondo de su alma una indecible seguridad. «Animo, hija mía—decía á la Santa,—ánimo; todas las cosas se unen para fortificar este proyecto en mi alma. Veo grandes dificultades para su ejecución, y ni un rayo de luz para desenredarlas, pero estoy cierto de que la Providencia lo arreglará por medios que no conocemos las criaturas.»

Así fué como la señora de Chantal llegó, por medio de mil rodeos, á conocer la causa final de su existencia. Dios, en efecto, la había criado para ser un día en la Iglesia Fundadora de una Orden, es decir, para participar de un modo inefable de esa paternidad espiritual que no procede ni de la carne, ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, y que Dios sólo puede comunicar, porque Él sólo es su origen. Así, desde sus primeros años la prepara Dios, por una serie de hechos misteriosos, á la obra sublime que debe ejecutar. Le da primeramente un alma de vigoroso temple, porque no hay obra más difícil ni que más sudores cueste que la fundación de una Orden religiosa. Pone al mismo tiempo en su fisonomía una especie de belleza severa, mezcla admirable de dulzura, de humildad, de fortaleza y santo ardor, que la procura la confianza de las almas, y hace que todo se doblegue ante ella. Para que estos elementos alcancen la necesaria virilidad, la sustrae Dios muy pronto á las caricias de su madre, y le da en el Presidente Fremiot un hombre de carácter y de fe, en cuyo corazón bebe el espíritu de sacrificio y de abnegación. A la paternidad de la sangre añade Dios otra

segunda paternidad, cuya influencia es aún más admirable. San Francisco de Sales concluye la obra del señor de Fremiot, y modera con su dulzura el ardor y la fortaleza que éste había comunicado á su hija. Y como la Orden de la Visitación estaba destinada á reunir vírgenes y viudas, permite Dios que la señora de Chantal recorra todos los estados y posiciones de la vida, siendo sucesivamente hija, esposa, madre y viuda, y que de este modo adquiriera la experiencia que necesitará después. Y porque la vida religiosa es una vida de penas interiores y de crucifixión, dolorosas tentaciones afligieron largos años á la señora de Chantal, para que las esposas de Jesucristo tengan una madre que sepa compadecerse de sus enfermedades, habiendo sido probada en muy alto grado.

Por último, llamada á dejarlo todo por Dios, recibe á un tiempo la nobleza, la hermosura, la fortuna, grandes riquezas, ilustres relaciones, padre y parientes á quienes ama, con cuatro hijos hermosos, de talento y encantadores; y pasa de en medio de todos estos goces, desde esta brillante posición, á la humildad del claustro, enseñando al mundo que todas las satisfacciones de la tierra, aun las más elevadas, las más puras, las más legítimas, son flores descoloridas ante la gran felicidad de amar á Dios, y servirle é inmolarse por Él.

